

Seres abyectos:

¿La muerte del ser como sujeto? (Aproximación a dos cuentos de Ángel Santiesteban Prats)

Karen Lorena Ortega González
Universidad de Cartagena

Resumen

Basándose en la teoría de la abyección, este artículo intenta explicar el modo en que el ejercicio del poder se imbrica en la dinámica de las acciones que configuran la vida de los protagonistas de los cuentos *La Puerca* y *La Perra*, del escritor Ángel Santiesteban Prats. El objetivo principal, es mostrar el proceso de degradación que sufren los personajes marginalizados, al ser desprovistos de su condición de sujetos. Entendiendo que esto ocurre, porque el Estado se vale de sus instituciones para instaurar una norma homogeneizante que reprima cualquier tipo de “desviación”.

Palabras clave: abyección, poder, disciplina, marginalidad, norma, sujeto, violencia, institución.

Abstract

Based on the theory of abjection, this article pretends to explain the way in which the exercise of power is embedded in the dynamics of the actions that shape the lives of the main characters in the stories *La puerca* y *La Perra*, of writer Ángel Santiesteban Prats. The main objective is to show the degradation marginalized characters experience while being devoid of their subject status. This, as a result of the State's intent to homogenize and to repress through its institutions any expression of what it considers as “deviation”.

Key words: abjection, power, discipline, marginal, standard, subject, violence, institution.

Recibido en octubre de 2009; aprobado en noviembre de 2009.

Durkheim (1893), llamó “anomía¹” a lo que se esconde y/o se invisibiliza por el Estado: los marginales, grupos humanos que no se ajustan a los parámetros establecidos por el discurso racional que cobija al Estado-nación moderno. Según Jacques Derrida, estos grupos conforman un mundo exógeno que no puede ser incorporado a la dinámica política, cultural y social del Estado, porque funcionan como un suplemento que añade “nada”, por el mismo hecho de ser exógeno o exterior (León, 2005).

En razón de lo anterior, los marginales se encuentran desprotegidos por la ley, regidos por códigos morales de carácter contingente, que imposibilitan la construcción de lazos societales estables, haciéndose reiterativa una conducta que socava el ideal regulatorio, a partir del cual se erigen las instituciones sociales. Las conductas sexuadas que infringen el régimen binario de las sexualidades, son un ejemplo claro de ello, puesto que la división de los géneros funciona como un dispositivo de reproducción del orden social que estas conductas amenazan (Borrillo, 2001). Y es precisamente esta amenaza la que empuja a las instituciones sociales a expropiar de estos grupos humanos, la condición o estatus de sujetos, ya que según Judith Butler (2002), son justamente las instituciones las que construyen a los sujetos, y al no depender de estas ni de los discursos sociales, se genera una entropía llamada marginalidad (León, 2005).

Ahora, si bien es cierto que las instituciones tradicionales como la familia, la escuela y el Estado, son las que construyen a los sujetos, también es cierto que estas segregan y repudian a los que no se ajustan a sus normas, y a los que no comparten los presupuestos del orden instaurado en la sociedad. Y como el poder que subyace en las instituciones, es propiciador de este resultado, el poder es entonces, la fuerza organizadora, amorfa y voluble que define al sujeto, y de la cual depende para existir (León, 2005).

Estos seres repudiados son denominados “seres abyectos”, por carecer de las competencias que los autorizan para obrar como sujetos, ocupando por esto una posición subalterna en la sociedad. Debido a que esta los ve como proclives para perturbar el orden, porque introducen en la escena simbó-

¹ La anomía es entendida como la incapacidad de la estructura social para proveer a ciertos individuos lo necesario, para lograr las metas de la sociedad. Lo que conduce a una desviación o ruptura de las normas sociales: crimen, suicidio, alcoholismo. La anomía es un colapso de la gobernabilidad, al no poder controlar esta emergente situación de alienación experimentada por un individuo o una subcultura, hecho que provoca una situación desorganizada que deriva en un comportamiento no social (Durkheim, 1893).

lica, prácticas inconcebibles dentro del relato dialéctico de lo oficial, que plantean una ruptura con los valores esgrimidos en pos de la racionalidad y la cultura letrada (León, 2005).

Lo abyecto es definido por Julia Kristeva (1989) como aquel objeto expulsado que se opone al sujeto, pero que al mismo tiempo ejerce atracción sobre él. Dicho objeto es una amenaza para el sujeto, al constituirse como un polo de atracción que repulsa en tanto perturba una identidad, un sistema o un orden. Por consiguiente, lo abyecto es aquello que no respeta los límites y las reglas, es lo ambiguo, lo mixto que escapa a la pureza de la identidad definida y única; de allí que los fenómenos sociales y simbólicos que evidencian de algún modo esta ambigüedad sean percibidos como abyectos.

En el cuento del escritor Ángel Santiesteban Prats², *La Perra*³, el preso recluido en la celda de castigo manifiesta una clara ambivalencia con su masculinidad, pues, empieza a sentir atracción por otro hombre, que reconoce abiertamente ser homosexual (travestido). La confusión que lo embarga, provoca que rechace la amistad que “la Perra⁴” le brinda, expulsando lejos de sí, los sentimientos que comprometen su inteligibilidad social⁵. Ahora,

² Este escritor nació en La Habana, Cuba en 1966. Es graduado en Dirección de Cine, y como narrador pertenece al grupo de “los Novisimos”, generación de escritores cubanos nacidos a finales de la década de los sesenta, que se caracteriza por la diversidad temática, estilística y técnica. Sus cuentos han aparecido en diversas antologías de Cuba y del extranjero (Cuba Literaria, 2006).

³ La trama de este cuento se desarrolla al interior de una cárcel, allí los reclusos son torturados y violentados sexualmente por otros presos, con el consentimiento de los guardias del penal. La historia inicia describiendo la golpiza que los guardias le propinan a un preso, camino a la celda de castigo, conocida como “la Ratonera”. Este es arrastrado a la misma, seguido por la mirada inquieta de los demás reclusos, entre ellos Manuel, “la Perra”, como se le conoce entre los presos. Él es el encargado de la limpieza, por lo que tiene libertad suficiente para deambular por los pasillos y oficinas de la cárcel. Mientras barre, siente curiosidad por saber cómo se encuentra el preso recluido en “la Ratonera”; se asoma por la diminuta ventana de la puerta, y lo ve tirado en el piso con el rostro deformado por los edemas. Se asusta cuando el preso intenta decirle algo, y se aleja de allí, pero no deja de pensar en él y en la manera de ayudarlo sin ponerse en riesgo con “el Moro”, quien es el jefe de patio. Entonces, se le ocurre pedirle al enfermero de la prisión unas pastillas para aliviar el dolor a cambio de algún favor sexual. Al hacer la ronda de limpieza, deja caer dentro de la celda de castigo las píldoras envueltas en un papel, con instrucciones precisas, y a partir de allí se crea un nexo afectivo entre Manuel y el preso (Ortega, 2009).

⁴ El nombre de este personaje es Manuel, pero es conocido por los demás presos como “la Perra”, fue encarcelado por travestido, y goza de algunos privilegios dentro de la cárcel por mostrar buena conducta y realizar labores domésticas. Además, es el único personaje que a lo largo de la historia muestra sentimientos nobles hacia otra persona. Es constantemente abusado sexualmente por “el Moro” y “Chepe” (Ortega, 2009).

⁵ La sociedad entiende la sexualidad desde la perspectiva del heterosexismo. Por este motivo no hay cabida para otras formas de verla y entenderla, porque estas aparecen como incompletas, perversas o patológicas (Borrillo, 2001).

el rechazo es bidireccional, puesto que al rechazar a “la Perra”, también se está rechazando a sí mismo, a esa parte de sí que no se ajusta al patrón heterosexual⁶. El miedo, producto de la incertidumbre, desestabiliza y/o cuestiona su visión de mundo y, por ende también, los vínculos afectivos que se forjaron a partir de los imaginarios que ésta encomiaba. Imaginarios, que hacen inadmisibles una relación entre personas que no se adhieren al orden clásico de los géneros: gays, lesbianas, transexuales, travestidos y bisexuales.

[*El preso de la celda de castigo*] tiene deseos de decirle que no lo joda, que no se equivoque, de mandarlo bien lejos, pero se calla, y piensa que la vida es del carajo, que ese que tiene delante es todo lo que siempre ha rechazado [...] no puede controlar sus instintos. A veces le llega la imagen de Manuel y lucha desesperadamente por alejarla. (*La Perra*, p. 54-56).

Julia Kristeva (1989) sostiene entonces, que en la formación de la subjetividad se excluye “lo otro” como muestra de lo abyecto del sujeto. Así, toda figura corporal poco delimitada, como la del homosexual, será rechazada porque se califica de abyecta. Esta exclusión, define el campo de lo que se considera “humano”, y de su opuesto⁷, en consonancia con el discurso entronizado en la sociedad, discurso que como asegura Teun Van Dijk, emana poder.

Kristeva (1989) distingue tres fases para la abyección: 1) la oral (residuos de comida), 2) la anal (desechos corporales), y 3) la genital (signos de la

⁶ Lo abyecto solicita y pulveriza simultáneamente al sujeto, y esto se hace evidente, cuando al estar cansado de sus tentativas fallidas de reconocerse fuera de sí, el sujeto encuentra lo imposible en su *ser* mismo, y descubre que él no es *otro* siendo abyecto (Kristeva, 1989).

⁷ Lacan, afirma que la construcción del sujeto está cimentada sobre un conjunto de privaciones que niegan la posibilidad de inserción cultural de otras manifestaciones. Así pues, la construcción de lo humano es una operación diferencial que produce: lo más o menos humano, lo humano y lo humanamente impensable. Constituyendo cada sitio excluido, el lindero de lo humano; creándose zonas abyectas dentro de la socialidad, zonas de inhabitabilidad para el sujeto, pues este las considera como una amenaza para su integridad (Butler, 2002). De manera que, estos seres “no-humanos” no solo serán rechazados y excluidos por la norma reguladora de lo social, sino que serán desprovistos de su dignidad. Según Kant, en tanto la dignidad es característica primera de lo humano, estos seres al no serlo, carecen de ella. Lo que evidencia, una condición degradada dentro de los términos de la socialidad (Arriaga et al., s.f.). En razón de lo anterior, siempre que la formación de la identidad suponga la exclusión de cualquier otro, aparecerá la figura de lo abyecto, ya que lo que permite la producción e inclusión de esta figura, es el marco binario de identificación. (Arriaga et al., s.f.).

diferencia sexual: pene/vagina). Estos orificios funcionan como demarcación entre lo que le pertenece al cuerpo, y lo que por incumbir al mundo exterior debe ser apartado de él, teniendo en cuenta obviamente, algunas circunstancias socio-culturales. Estas tres fases, pueden identificarse en los fragmentos que aparecen a continuación:

[*Chepe*] Se mete el dedo en la nariz, hurga incesantemente, y extrae lo que le molestaba [...] con la yema de los dedos comienza a hacer una bolita que trata de tirar; pero se le queda en la uña (*La Puerca*, p. 9).

[...] y al Moro la risa se le convierte en tos y escupe sobre la escoba que lleva la Perra (*La Perra*, p. 49).

[...] el mandante hace traer a Matías, la Maga, famosa por hacer desaparecer la carne dentro de su cuerpo (*La Puerca*, p. 13-14).

[...] el Moro la empuja, le baja el pantalón, recorre con sus manos las nalgas y su espalda, y la penetra violentamente (*La Perra*, p. 52).

En la misma línea de Kristeva, Víctor Bravo (1997) considera que la abyección es una de las manifestaciones del cuerpo grotesco, en la que el cuerpo se vincula con la mancha y el pecado, con la corrupción y la impureza; todo ello reflejado en la función excrementicia del mismo, indicadas por medio de las emanaciones corporales, asociadas a la repulsión y al asco (Bravo, 1997).

[*Chepe*] Se mete el dedo en la nariz, hurga incesantemente, y extrae lo que le molestaba [...] con la yema de los dedos comienza a hacer una bolita que trata de tirar; pero se le queda en la uña (*La Puerca*, p. 9).

[*Chepe*] lanza al aire un liquido que cae como llovizna sobre los cuerpos y las camas, y el olor les avisa que es orina (*La Puerca*, p. 11).

En los cuentos de Santiesteban: *La Puerca* y *La Perra*, los personajes están marcados por el abuso, la degradación, la suciedad y la putrefacción (cuerpo marchito). Son asimilados a lo “deforme”, que es el resultado de los múltiples maltratos a los que son sometidos dentro del espacio en el que se encuentran (la cárcel). Desde una perspectiva psicológica, esta es la forma gradual en la que han ido aceptando una situación que en espacios

normales de convivencia no habrían aceptado, transformando su forma de pensar y su visión de la vida, que se interpreta como una disminución del ser (espíritu desgarrado). La deformidad sería de tres tipos:

1) Como herida: es el rasgo visible y palpable, de los maltratos infligidos a los reclusos, ya sea por los guardias del penal o por las riñas que se presentan entre ellos mismos, ocasionaba en mayor medida por las peleas generadas por la demarcación del territorio, y la apropiación como objeto o como mercancía de los demás reclusos:

[...] una muralla africana que recibe los primeros cortes sobre otras cicatrices, pequeñas incisiones por donde brota la sangre y que el Llanero apenas percibe, como si no fueran sus brazos (*La Puerca*, p. 8).

[*El preso de la celda de castigo*] Tiene algunas cortaduras en las cejas y los pómulos [...] está acostado con la cara aún más hinchada, casi sin poder mirar; se acaricia los pómulos con la punta de los dedos sucios, se palpa las heridas y cada vez que lo hace deja escapar un gemido de dolor [...] ve su rostro deshecho, las manos crispadas por los dolores. Intenta decirle algo que las heridas de los labios dificultan (*La Perra*, p. 46).

2) Como excresencia⁸: es el cuerpo que expele el sudor, la orina, los excrementos, el semen, la saliva, la sangre y las lágrimas. También es el cuerpo enfermo del que brota supuración y demás residuos producto del desaseo, los golpes y los cortes de la piel.

[*El Llanero Solitario y la Puerca*] Por las noches utilizan de paraban frazadas que ponen a los lados de la litera. Por momentos la cama vibra, se detiene, y deja escapar un vaho, un calor sofocante que avisa que allí hay sexo. Los que duermen a su alrededor se excitan, y van al baño a masturbarse (*La Puerca*, p. 15).

[...] De repente [*a Chepe*] lo ven tirarse de la cama y correr hacia el baño con un pote en la mano, y tiembla, tarda unos segundos y regresa, lanza al aire un líquido que cae como una llovizna sobre los cuerpos y las camas, y el olor les avisa que es orina [...] queda la posibilidad de que les tire mierda (*La Puerca*, p. 11).

⁸ Según Víctor Bravo (1997), es el cuerpo nombrado por la modernidad.

[*El preso de la celda de castigo*] Tiene algunas cortaduras en las cejas y pómulos, de la nariz le salen hilos de sangre que salpican los pantalones y la punta de las botas (*La Perra*, p. 45).

[*Chepe*] lo apodó Victrola [...] Apenas lo deja bañarse y tiene el pelo sucio y se rasca los granos, la punta de los dedos se le mancha de sangre y pus (*La Puerca*, p. 7).

3) Como mutilación: no es física sino mental, tal es el caso de los personajes apodados “la Maga” y “la Perra”⁹. La primera, acepta con agrado su condición de esclava sexual de “Chepe”, solo porque es homosexual; y “la perra”, se apropia de su apodo al punto de omitir su nombre legal.

[*La Maga*] le dice al jefe que pensaba que no la iba a ir a buscar esta noche, como ahora estás con la majomía de la Puerca, creía no tener espacio dentro de tus deseos. Chepe la empuja, y la Maga dice suave, papito (*La Puerca*, p. 14).

Él [*preso de la celda de castigo*] le pregunta cuál es su nombre verdadero. La Perra lo mira sorprendida: mi madre me puso Manuel. Entonces te llamaré así. También puedes decirme Manuela o Perra, ya me acostumbré y no me molesta (*La Perra*, p. 54).

Por otro lado, las prácticas realizadas por los seres abyectos pueden considerarse perversas¹⁰, al contraponerse a las prohibiciones simbólicas de la norma hegemónica, sobre todo cuando dichas prácticas son de índole sexual. Entonces, ser perverso en este último sentido, significa obedecer al mandato superyoico de gozar, cuando una de las partes se encuentra en posición de objeto-instrumento del deseo y goce del otro (Zizek, 1999; 2001). Es decir, que uno de ellos ve en detrimento su autonomía, su dimensión subjetiva, padeciendo un proceso en el que es disminuido a su “materialidad corpórea”, y en el que se convierte en un cuerpo usado y

⁹ El personaje de “la Maga” aparece en el cuento *La Puerca*. Su verdadero nombre es Matías, es homosexual y está al servicio de “Chepe”, para atender sus necesidades sexuales. Ha sido apodada de ésta manera, por ser diestra para el sexo: “famosa por hacer desaparecer la carne dentro de su cuerpo” (Santiesteban, 2001, p. 13). Mientras, el personaje de “la Perra” aparece en ambos cuentos, sin embargo, es el personaje principal del cuento que lleva por título su apodo: *La Perra*. (Ortega, 2009, p. 18).

¹⁰ Lo abyecto es perverso ya que no abandona ni asume una interdicción, una regla o una ley, sino que la desvía, la descamina, la corrompe (Kristeva, 1989).

abusado¹¹, en función de un ejercicio del poder que intenta ser naturalizado por aquellos que detentan la dominación.

Pasa la noche y los dolores apenas la dejan conciliar el sueño [*la Perra*]. El Jábico le avisa que el mandante quiere verlo. Se niega, dice que está cansada. Jábico la empuja violentamente y casi cae de la cama, quién te has creído que eres, maricón de mierda, si el mandante te necesita tienes que ir. La Perra acepta asustada, dile que ya voy, Jábico sonrío y pide que no se demore o tendrá que regresar y le asegura que no va a gastar palabras. (*La Perra*, p. 53).

El anterior fragmento del cuento *La Perra*, es el prelude de lo que más tarde se transformará en acceso carnal violento o abuso sexual. “La Perra” no solo será sometida sexualmente por “Chepe”, sino que además fue violada el día anterior por “el Moro¹²”, quien no satisfecho por tomarla por la fuerza, la tortura.

Apenas termina, el Moro se sube el zipper y con ira y una mueca de asco la golpea con el bastón en la espalda y la Perra cae en medio de un grito que rebota como un disparo en el techo y en los oídos de cada recluso. (*La Perra*, p. 53).

Es claro que el personaje de “la Perra” representa a todos aquellos seres subestimados, no solo dentro de recintos como la cárcel, sino también en el interior de la sociedad misma; individuos vulnerables que son presa fácil de abusadores como “Chepe” o “el Moro”. Y es esa vulnerabilidad precisamente, la que sustenta la “cosificación” del ser humano, condenándolo a ser un objeto (manipulable) como tantos, carente de voluntad y libertad; lo que puede considerarse como la degradación de lo humano.

Dicha cosificación se evidencia en el cuento *La Puerca*, cuando “Chepe” se vale del poder que detenta para tratar a los demás reclusos como marionetas que puede manejar a su antojo, con el objetivo de alcanzar un fin, ya sea de tipo sexual. Este personaje no solo abusa de los reclusos, sino que

¹¹ Este comportamiento se asimila al Cuerpo Erotizado, el cuerpo feminizado de los reclusos sometidos al abuso sexual, independientemente de la orientación sexual que ellos muestren. Son cuerpos feminizados porque en el coito desempeñan el papel de la mujer, esto es, ser penetrados. El cuerpo erotizado es la puesta en escena de la “cosificación” del ser, en otras palabras, es la mutación degradante del individuo en objeto, para ser usado como medio de desfogue sexual, del que tiene el poder para someter. De allí, que el goce sea el resultado del abuso (Ortega, 2009).

¹² Aunque es un preso que tiene poder, los sargentos lo utilizan, y a cambio le dan comodidades (Santiesteban, 2001).

a cambio de algún beneficio personal permite que sus camaradas también lo hagan; a “Victrola”, por ejemplo, lo violó reiteradamente y luego lo negoció con sus amigos.

[A *Victrola*] lo pasó por las camas de los que considera de su confianza y hasta lo alquiló por unas cajas de cigarros [...] Chepe grita que no le maltraten la mercancía (*La Puerca*, p. 7)

Lo abyecto encierra formas de comportamiento que la sociedad tiende a rechazar; prácticas sobre todo de tipo sexual, que transgreden el orden establecido, haciendo de la prohibición su mejor aliado. En los cuentos, estas prácticas se ven representadas en las relaciones entre los presos, que pasan el límite del desfogue sexual para albergar sentimientos más profundos (espacio de la subjetividad). Lo prohibido aquí sería amar, y no que dichas relaciones sean de tipo homosexual, porque esta es una forma más de manifestar el deseo erótico y el afecto, al igual que la heterosexual (Borrillo, 2001).

Chepe mira desde su cama al gordito que pone los ojos en blanco cuando ríe, y al Llanero que se queda extasiado cada vez que lo hace (*La Puerca*, p. 9) [...] el Llanero le explicará [a *Chepe*] que no es un capricho, es algo especial, no soportaría una celda ahora que intenta ser feliz, le pasa la mano por el pelo a su protegido y le promete volver lo antes posible (*La Puerca*, p. 10).

¿Por qué tenía entonces que correr ese riesgo por un desconocido por el que no mediaba ningún interés sexual, sabiendo, además, que allí era imposible llegar a un contacto corporal, a lo sumo, un beso? [...] sabe que no puede darse el lujo de ser sentimental [...] la Perra continua pensando en él, ¡que puta soy, mi madre! ¿Por qué me atrae lo prohibido? [...] siente que está desarmada, sin respuesta, esta vez no se rige por la mariconería, actúa con otro código que desconoce totalmente (*La Perra*, p. 48-50).

Como se ha podido ver hasta ahora, en los cuentos se apela a un lenguaje sensorial, capaz de reconstruir la dimensión corporal y sexual de los personajes, a través de imágenes que evocan universos olfativos, táctiles, gustativos, visuales y auditivos, que reintroducen el cuerpo sexuado, deconstruyendo al personaje pulcro, clásico.

Chepe se mantiene acostado en la litera con los ojos cerrados mientras se soba los huevos (*La Puerca*, p. 7) [...] se mete el dedo

en la nariz, hurga incesantemente y extrae lo que le molestaba [...] con la yema de los dedos comienza a hacer una bolita que trata de tirar, pero se le queda en la uña (*La Puerca*, p. 9).

Otra ruptura es la imagen del homosexual¹³, ya que subvierte el orden convencional que establece la sociedad. Esto se nota en la irreductible diferencia que lo coloca al otro lado, fuera del universo común de lo humano, signado por lo pintoresco, lo extraño, lo banal o lo depravado. De manera que, es común caricaturizar al homosexual para enfatizar la frontera jerárquica del orden heterosexual.

[*La Perra*] resulta que tengo pelucas, vestidos, tacones, variedad de cosméticos, un caminar cadencioso que babea a los hombres y que es envidia de las mujeres (*La Perra*, p. 54).

Así, “la Perra” deja de ser un humano normal para transformarse en un monstruo, en una caricatura que provoca en el otro, aparentemente normal, rechazo y burlas; un ser indigno de pertenecer a la sociedad, porque es imposible introducirlo dentro de las categorías que en ella se especifican: masculino o femenino. De hecho, sintáctica y semánticamente, en la frase –masculino o femenino–, la conjunción “o” está indicando la exclusión de una proposición (en este caso de una condición) con respecto a otra, en este caso, al género.

En el cuento *La Perra*, el personaje conocido bajo este mismo apelativo, relata que mientras estuvo en libertad, fue humillado, ultrajado y mortificado. En la escuela era obligado por los demás compañeros a besar a Lázara –la compañera negra del salón–, y más tarde al llegar a la adultez, sus parejas sexuales lo golpeaban hasta casi matarlo, cuando se percataban de que era anatómicamente hombre y no mujer; y por si fuera poco, los dueños de negocios no le daban empleo, porque según ellos no encajaba en ninguno, dada su condición de homosexual, pues, carecía de la fuerza física que caracteriza a los hombres, y los otros trabajos destinados a las mujeres, le eran vedados. Además, este personaje ingresó a prisión por travestido, no por haber cometido un delito. Visto así, esta abusiva y parcial conducta, lejos de desaparecer o por lo menos disminuir, se incrementó con el paso de los años.

¹³ El homosexual representa una auténtica pesadilla para dicho orden, pues con su sola existencia está desafiando la norma de un sexo destinado por naturaleza (Borrillo, 2001).

[*A la Perra*] en los centros de trabajo le negaban las plazas de mujer a sabiendas de que era incapaz de levantar un saco (*La Perra*, p. 48).

Por esto, la diferencia sexual es instituida por una “matriz de inteligibilidad” desde donde se distribuyen y administran los cuerpos; y no es erróneo pensar que al ser ella la que otorga su significado, denigre a los que rehúsan seguir el patrón heterosexual, y exalte a aquellos que lo encarnan (Meloni, s.f.).

Dios fue injusto conmigo y se mira el cuerpo con asco [*la Perra*]
[...] cargo la picha hacia atrás, la escondo entre las piernas, repite el gesto de asco (*La Perra*, p. 54).

Como es obvio, las instituciones sociales tratarán de eliminar prácticas de este tipo, usando métodos que van desde la persuasión, hasta la violencia simbólica¹⁴ y física. Por consiguiente, puede afirmarse que la violencia está presente en todas las actividades cotidianas, revelando, por un lado, el debilitamiento del pacto social, y por otro, la incapacidad del Estado para garantizar la seguridad (León, 2005), porque es el Estado mismo quien coacciona y violenta.

[*El preso de la celda de castigo*] al principio se quejaba, ahora está casi tranquilo, como si las patadas de los guardias ya no le dolieran [...] a veces los soldados vuelven a pegarle cuando el jefe no mira o no quiere mirar (*La Perra*, p. 45-46).

A pesar de la violencia extrema, existen códigos de carácter contingente que tejen relaciones de fidelidad y solidaridad por un lado, y de amor y deseo por otra parte. Esto es lo que se entiende como “Espacio de la Subjetividad¹⁵”: ese lugar abstracto donde se construyen vínculos afectivos,

¹⁴ Según Pierre Bourdieu (2000), la violencia simbólica es una forma de coacción que se ejerce de manera sutil e invisible, porque es presentada por el dominante, y aceptada por el dominado como natural, inevitable y necesaria.

¹⁵ En los cuentos han sido identificados cuatro espacios significativos: *el Externo* representado en la Habana-Cuba; *el Interno*, en la cárcel; *el Yuxtapuesto*, en la celda de castigo (“la Ratonera”); y *el de la subjetividad*, en los sentimientos (atracción, apego, afecto, cariño, ternura, compasión y amor) que restituyen lo humano a los personajes deshumanizados por el maltrato. En este último espacio se cuestionan todas las asunciones que la norma del espacio externo pone en circulación acerca del hombre, y que el espacio interno enfatiza al tratar a los reclusos como si hubiesen dejado de pertenecer a la especie humana, para convertirlos en seres inferiores, justificando el trato inhumano que padecen (Ortega, 2009).

que frenan la alienación de la que son víctimas los presos, en la heterotopía de la desviación, llamada cárcel. En el cuento *La Puerca*, identificamos la relación entre el “Llanero Solitario” y el gordito; y en *La Perra*, la de Manuel(a) y el preso de la “Ratonera”.

En ambos cuentos, a pesar de la norma introyectada, ciertos personajes como “Manuel” (“la Perra”) o el “Llanero Solitario”, han traspasado el límite permitido por las emociones en un espacio como la cárcel, al demostrar afecto sincero hacia otros, afecto que trasciende lo carnal; y es por esta razón que están dispuestos incluso, a poner en peligro su integridad física (Ortega, 2009).

El Llanero grita, soporta, continúa apretando su mano, quiere que le devuelvan a su amigo, vuelve a gritar de dolor y no puede resistir más [...] El Llanero llora, llama a los guardias, que lo ayuden, por favor, ni siquiera se ha mirado el brazo que sangra por la herida (*La Puerca*, p. 16).

El “Llanero Solitario” admite que sus sentimientos por “la Puerca” no son un capricho, que lo que siente por él es especial y que ello le ha devuelto la esperanza y las ganas de vivir, a pesar de estar encerrado. Por esto no le importa entrar en disputa con “Chepe”, aunque este no hubiese sido el camino que él escogió para resolver el asunto (Ortega, 2009).

[*El llanero Solitario*] no soportaría una celda ahora que intenta ser feliz. Le pasa la mano por el pelo a su protegido [*la Puerca*] y le promete volver lo antes posible... el Llanero le explica, pero Chepe insiste, dice que primero el mandante... pero el negrón repite que no, esta vez no, Chepe aquí me juego la vida y te pido que no lo tomes a mal, nunca me he esforzado tanto porque alguien me entienda, verdaderamente nunca me importó (*La Puerca*, p. 10).

De manera análoga, “Manuel” exterioriza sentimientos por el preso de la celda de castigo, que cruzan los linderos de la lujuria y la compasión; un cúmulo de sentimientos complejos que probablemente puedan hacer germinar el amor en él, a pesar de las condiciones en las que se ve forzado a existir (Ortega, 2009).

Por la mañana [*la Perra*] le lleva el desayuno escondido debajo de la camisa... La Perra dice que lo compró por dos cigarros, que si quiere, cuando salga, se los pague [...] La Perra siente su estómago vacío y cambia la vista del pan. (*La Perra*, p. 51,52).

[...] Por las noches [*la Perra*] camina intranquila, deseosa de que amanezca para volver a verlo [*al preso de la celda de castigo*], siente una ansiedad, una angustia que nunca antes había experimentado. Mira por la claraboya hacia la inmensa oscuridad, dibuja su silueta y sus labios. Cierra los ojos y estira el brazo como si pudiera tocarlo, sentir la tersura de su piel y escuchar su risa (*La Perra*, p. 54).

Por otro lado, en el cuento *La Puerca* se da el caso contrario, pues, los secuaces de “Chepe” (“Jábico”, “Albino” y “Calabaza”) se mantienen indecisos de socorrerlo ante lo que piensan, que es un ataque contra su jefe. Aquí la lealtad se ve permeada por la conveniencia y el miedo, puesto que solo se mantienen al lado de “Chepe” para no ser agredidos constantemente por él, o por otro preso con poder.

De repente abren la puerta violentamente y varios presos entran corriendo con el rostro cubierto con tela, hay confusión, y Chepe se tira a coger el hierro, pensando que vienen hacia él, Calabaza se mantiene indeciso ante la mirada de suplica del mandante para que lo proteja, el Albino se hace el dormido hasta que el jefe lo empuja con el pie (*La Puerca*, 2001, p. 16)

El Albino no quiere terminar la gestión sin lograr algo, le parece sentir los ojos del mandante pegados a su espalda, conoce al Chepe y teme que su rabia se vuelva contra él (*La Puerca*, p. 20).

A estos personajes no solo los hacen prisioneros las rejas, sino que su verdadera prisión es la angustiada realidad que los atormenta, los carceleros, los prejuicios y las visiones violentas de lo que se impone como orden social. Son seres a los que se les niega la posibilidad de crecer y convertirse en personas, porque sus vidas parecen discurrir por caminos prefijados que se cierran a sus alrededores. De allí, que para ellos la noción de progreso arraigada en la racionalidad ilustrada sea impensable¹⁶, debido a que no se cuenta con un futuro al cual asirse y proyectarse (León, 2005).

El futuro aquí es el vacío, la latencia de un presagio de muerte porque no hay esperanza alguna, solo un fugaz presente representado en el instante, en el agónico ahora; ese que sin sutileza expone la corpórea finitud de

¹⁶ La racionalidad ilustrada puede entenderse, según Víctor Bravo (1997), como un conjunto de reglas abstractas que crean un orden impersonal por el que orienta sus disposiciones.

unos seres atormentados, porque existen en el seno de la negación no solo ontológica sino social, política, cultural y afectiva. Negación, producto de la asunción de un modo de existencia en el que la incertidumbre y el sinsentido, dan cuenta de un destino determinado por la angustia como padecimiento y expresión de las ocultas incongruencias de un mundo imbuido en el más oscuro espíritu nihilista (Bravo, 1997).

[*La Perra*] asoma parte del rostro por entre los barrotes de una ventana, es su único pedazo libre, piensa. Respira el aire del mar, siente el golpe de las olas contra los arrecifes, y como siempre, la soledad la abruma (*La Perra*, 2001, p. 48).

Esa angustiada realidad es la falta de afecto, carencia que aunada al maltrato lleva inevitablemente a estos seres hacia el abismo de la deshumanización; lo que se entiende como la aniquilación de la analogía que los reconoce como sujetos, y que al estar despojados de su coherencia social, son percibidos como un cuerpo deformado, desprovisto de alma, incapaz de sentir afecto o amor. Y la disciplina, será entonces el mecanismo más eficaz para mermar la libertad e incentivar el miedo a la no correspondencia, cuando lo verdaderamente espantoso no es ser distinto, sino ser violentado con el fin de imponer un orden que traiciona su supuesta razón de ser: la libertad humana.

Bibliografía

Arriaga, M. et al. (s.f). Escritoras y pensadoras Europeas. Recuperado de <http://books.google.com.ar> (12 agosto, 2009).

Borrillo, D. (2001). *Homofobia*. Barcelona: Bellaterra.

Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.

Bravo, V. (1997). *Figuraciones del poder y la ironía: esbozo para un mapa de la modernidad literaria*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana-CDCHT Universidad de los Andes.

Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan. El límite discursivo del sexo*. Buenos Aires: Paidós.

De Águila, R. (s.f). Malqueridos y Malditos CubaLiteraria. <http://www.cubaliteraria.com/delacuba/ficha.php?Id=4772> (3 de jun. 2009).

Durkheim, É. (1893). *La división del trabajo social*. Madrid: Akal.

- Kristeva, J. (1989). *Poderes de la Perversión: Ensayo sobre Louis-Ferdinand Céline*. Argentina: Siglo XXI.
- León, C. (2005). *El Cine de la Marginalidad: realismo sucio y violencia urbana*, 64.
- Meloni, C. (s.f). Judith Butler y la genealogía. <http://www.latorredelvirrey.ES.PDF/carolina/meloni> (18 jun. 2009).
- Ortega, K. (2009). *Espacio Siniestro y Cuerpos Abusados: aproximación a dos cuentos de Ángel Santiesteban Prats*. Tesis no publicada. Universidad de Cartagena.
- Santiesteban, Á. (2001). *Los hijos que nadie quiso*. Cuba: Editorial Letras Cubanas.
- Tamayo, C. (2006). Sobre <<Dichosos los que lloran>>, de Ángel Santiesteban Prats. Recuperado de <http://laventana.casa.cult.cu/modules.php?name=News&file=article&sid=3773> (30 jul. 2007).
- Zizek, S. (2001). *El espinoso sujeto. El centro ausente de la antología política*. Buenos Aires: Paidós SAIC.